

IV

Agustín Iturbide.—Rodríguez.—Agustín Zires.—Simavilla.—Batalla de Padierna.—Auxilio pedido á Santa-Anna.—Vuelta al campo.—El 20 de Agosto.—Derrota.—García Gutiérrez.—Comisión del General Valencia.—Churubusco.—Cuautillán.—Viuda de Frontera.—Tepatlxco.—Toluca.—Licenciado Zozaya.—Casa de Alamán.—Su vida íntima.—Molino del Rey.—Balderas.—Arrivillaga.—Margarito Suazo.—Miguel Echegaray.—Chapultepec.—8 de Septiembre de 1848.—D. Juan Cano.—El Gral. Pérez.—Bravo Saldaña.—Xicotencatl.—Episodio del soldado de Xicotencatl y Santa-Anna.—Retirada á México.—Las Calzadas.—El Gral. Rangel.—Junta de Guerra.—Peña y Peña.—Marcha á Querétaro.—Cartas de los Americanos en México.—Mi vida en Querétaro.—Los Reneponts.—Apuntes para la historia.—Autores de los apuntes.—D. Pedro M<sup>a</sup> Anaya.—Congreso de la paz y de la guerra.—Diputados y Senadores que votaron en pro y en contra.—Galería de personajes.—Atristain.—D. José M<sup>a</sup> Jiménez.—Ponciano Arriaga.—Manuel Doblado.—D. José M<sup>a</sup> Cuevas.—El Congreso de Querétaro.—Salón de sesiones.—Micheltorena.—Junta de Gobernadores.—Continúan las sesiones.—Notable discurso de D. José M<sup>a</sup> Cuevas.—Los tratados de paz.—Descripción de México después de la guerra.—Casa de Payno.—Calles de Santa Clara y Plateros.—La huera Rodríguez.

En la obra intitulada «Apuntes para la Guerra entre México y los Estados Unidos,» de que me ocuparé á su

tiempo, me tocó describir con todos sus pormenores y con cuanta imparcialidad me fué posible, no indicandosino muy someramente algunos pormenores, porque así lo exigieron las circunstancias; pero después de pasados tantos años puedo repetir, con la mano en mi conciencia, que lo que asenté fué la verdad imparcial y severa.

Independiente de la narración á que acabo de aludir, conservo impresiones horriblemente dolorosas de la saña, de la envidia, de las pasiones personales de Valencia y Santa-Anna, las hostilidades de sus círculos; las calumnias y chismes rastreros que tienen pajas encendidas, volaban á las alturas y producían desastres y ruinas.

Recuerdo también las ilusiones y las esperanzas de victoria, tan sinceras, tan nobles de la generalidad, y tan dolorosamente desvanecidas.

El momento en que el joven Agustín Iturbide se puso al frente del Batallón de Celaya gritando: «¡Conmigo, muchachos, mi padre es el padre de nuestra independencia!» me conmovió hondamente.

González Mendoza, lanzándose como un torrente sobre las cabezas enemigas, cantando con sus oficiales el Himno Nacional, era magnífico!

El asalto á Padierna, la llegada allí á los yankees, el encaramarse uno á la astabandera, derribarla, desgarrarla, repisotearla orgulloso, fué horrible; yo lo veía á través de mi llanto y aullaba como una mujer....me dolía la sangre, gemía algo dentro de mí

que me espantaba.....la muerte hubiera sido como agua pura y fresca para mi alma sedienta.

Un instante, un sólo instante, que apenas se habría podido medir, con la luz del relámpago tuvimos una alucinación de victoria.

Un oficial obscuro, de Celaya, pequeño de cuerpo, delgado, de movimientos rápidos y con estridente risa, se caló su sombrero anecho forrado de tela, empuñó su espada, dirigió unas cuantas palabras á los soldados que lo rodeaban y prom, prom, prorrom, marchó, arrojando cuantos obstáculos se oponían á su paso hasta Padierna...Allí asaltó, mató, aniquiló cuanto se le opuso...se asió á la astabandera, se encaramó y derribó hecho trizas el pabellón americano...y restituyó á su puesto nuestra querida bandera de Iguala, que parecía resplandecer y saludarnos como un ser dotado de corazón y grandeza.

Todas las músicas prorrumpieron en dianas; todos los estandartes, guiones y banderas se agitaron en los aires, y todos vitoreamos con lágrimas varoniles aquel instante robado á la fatalidad de nuestro destino.

Chuabilla, que así se llamaba el hermoso oficial autor de la hazaña que acabamos de referir, quedó mortalmente herido....y en los últimos días que atravesó acompañado de la música, sufría aún las consecuencias de aquel arrebató que colocó su sitio y su fama en un lugar tan distinguido en nuestros fastos militares.

La muerte gloriosa de Frontera, la impasibilidad del

Gral. Salas, la herida de Blanco, todo haría detener á mi memoria, si no la embargasen los últimos momentos de esa batalla.

El declive de la loma que ocupaba el Sr. Valencia, que era como base de una sección de la serranía del Sur, estaba circundado de *Mal País* y hondísima barranca, cuyos bordes, en semicírculo, daban al norte ó límite del pueblo de Coyoacán.

Los americanos habían circunvalado la loma, penetrando por el *Mal País* y la barranca hasta tener y como abrazar nuestro campo. Pero á las alturas de Coyoacán se había mandado como auxilio, pero sin orden de batirse, la brillante división del Gral. D. Francisco Pérez que se situó perfectamente para coger entre dos fuegos al enemigo.

Entonces la confianza en el triunfo fué completa, llovieron felicitaciones, se expidieron despachos y se entregaron á los más increíbles delirios los hombres de aquella benemérita división.

Creo de toda justicia mencionar al Jefe D. Agustín Zires, que por dos veces desalojó á los americanos de Padierna con heroica bravura; al Sr. García que perdió una pierna en la acción, y al Capitán Feliciano Rodríguez, que aunque Ayudante del Sr. Valencia, se lanzaba con ardor á los mayores peligros, en auxilio de sus compañeros de armas.

Pero cayó la noche, se suspendió toda correspondencia entre las filas del Gral. Santa-Anna y las nuestras. En la obscuridad se sentían los avances del enemigo

cabalmente del lado que nos creíamos protegidos. El Gral. Valencia mandó expertos exploradores del terreno, los que volvieron diciendo que todas las fuerzas del Gral. Santa-Anna se habían retirado, dejando abandonados los puntos más importantes y quedando nuestras posiciones encerradas y sin salida á discreción del enemigo.

El Gral. Valencia conoció lo comprometido de tal situación y nos comisionó á D. Luis Arrieta y á mí para que fuésemos á San Angel á hacer presente al Sr. Santa-Anna nuestra posición.

El Sr. Santa-Anna se encontraba en San Angel en la casa del General Mora y allí acudían en el tropel consiguiente á las circunstancias, políticos, soldados, jefes, agiotistas, arrieros, etc., atropellados por correos que entraban á caballo hasta el patio, en que se apiñaban mujeres, ordenanzas, chimoleras y gentes de la servidumbre; era el patio un laberinto de piernas, tablas, canastos y estorbos de esos que se escapan al inventario más perspicaz.

El General, rodeado de sus favoritos, daba sus órdenes junto de una mesita redonda alumbrada por un quinqué y rodeada de escribientes.

Penetramos á la estancia Arrieta y yo, y Arrieta, que era muy pulcro y bien hablado, le expuso la situación que guardaba el Gral. Valencia.

—No me diga Ud., no me diga Ud., ese es un ambicioso insubordinado que lo que merece es que lo fusilen... ¡Borrachón!

—Señor, V. E. hará lo que crea justo; pero ese ejército no puede sacrificarse....

—Ud. no debe darme lecciones.... ¡estamos! no empuje yo mis escarmientos por Uds.... Auxilio! auxilio! y exponer yo mis tropas á la lluvia, al desvelo... por un....(aquí no es posible repetir las palabras que saltaron de los labios de S. A.) mis soldados á la intemperie... ¿qué dicen Uds? (dirigiéndose á mí).

—Es que aquellos soldados no están bajo de techo.... ni divirtiéndose—observé yo.

—Eh silencio! lárguense Uds. de aquí...Fuera...malditos....y nos salimos llenos de rabia y de dolor....

La noche estaba obscurísima, llovía tupido, constantes relámpagos alumbraban la serranía y se reflejaban en las corrientes que descendían de las lomas.

Tuvimos que hacer un inmenso rodeo casi á la espalda de los montes de Zacatepec y la Campana.

Después de una penosísima travesía llegamos al campo....ni una avanzada, ni un rumor, parecía un desierto....la tiniebla espesísima, las fogatas apagadas, el ruido de la lluvia, percibiéndose en las hojas y ramas de los árboles que aparecían y desaparecían como fantasmas con los relámpagos.

Llegamos á la tienda del General, quien nos recibió en la puerta....

—Qué dice Santa-Anna? le preguntó á Arrieta.

Este en buenas palabras le dió cuenta de nuestra comisión.

Entonces, como una explosión, desencajado, loco,

perdido en tempestades de ira....gritaba Valencia: ¡Traidor, nos han vendido, nos entregan para que nos despedacen y acaben con la Patria!...A esos gritos en la negra sombra, surgían como fieras, grupos que se sospechaban....Al relampaguear se veían soldados huyendo en varias direcciones, se oían como aullidos de mujeres....estallaban truenos de fusil y de pistola, corrían caballos sueltos desbarrancándose en la ladera....Realmente la derrota estaba consumada en aquel momento.

Al amanecer el 20 de Agosto, los americanos, volteando nuestra posición por movimientos efectuados con la velocidad del relámpago, inclinaron su artillería y la nuestra sobre las fuerzas dispersas que huían por el descenso de las lomas y quedaron regueros de cadáveres; heridos que se arrastraban moribundos; carros hechos pedazos y mujeres enloquecidas de aullar, con los brazos levantados y los ojos de lobas perseguidas....Aquella avalancha rodaba, se escurría loca, espantosa, en dirección de Churubusco.

En la hondonada de una loma, tendido en el suelo, en mangas de camisa muy ensangrentada se encontraba un joven como de veinticinco años, de notable apostura. Un hombre lo atendía con diligencia cariñosa conociéndose sin esfuerzo al facultativo diestro y experimentado. Acerquéme al grupo y reconocí en el cirujano á mi ilustre amigo Antonio García Gutiérrez, autor del Trovador y honra de las letras españolas.

—Antonio, ¿qué es esto? ¿qué haces aquí?

—Guillermo, mi raza, mi raza. . . .!

Y en efecto, García Gutiérrez fué un ángel de caridad en aquellas circunstancias, y yo cuando columbro entre sus laureles su recuerdo, le veo con gratitud, resplandeciente de bondad para con los defensores de mi patria.

Me precipitaba como todos en dirección de Churubusco, cuando me alcanzó un dragón de los que tenía el Gral. Valencia como ordenanzas de mucha confianza. Emparejó con el mío su caballo, y me dijo que nos apartáramos de la corriente, que tenía que hablarme de parte del general.

Yo vacilé, porque sabía las órdenes terribles que había recibido el Gral. Peña y Barragán, de fusilar á Valencia donde lo encontrase, sin más formalidad que la identificación de la persona. El soldado me mostró una contraseña para mí inequívoca, y lo seguí por senderos llenos de precipicios. . . Debajo de un árbol, con una manga morada y desfigurado totalmente, encontré al Sr. Gral. Valencia. Estaba á su lado Jose M<sup>a</sup> Velázquez de la Cadena, llamado en el ejército el «chico;» mi compañero de colegio, oficial inteligentísimo, y con gran partido en la buena sociedad por su finura y tacto de hombre de mundo.

Nos dijo el general á dónde partía, las precauciones que teníamos que tomar para encontrarlo, el nombre de Ferrer que adoptaba y las comisiones, las de Cadena, referentes á asuntos íntimos de familia, y las mías, cerca de personas que se hallaban al lado del Gral.

Santa-Anna y con las que deseaba diligenciar garantías para su juicio ó su salida del país.

Con profunda amargura nos despedimos del General, después de profestarle el cumplimiento fiel de sus encargos. El General mostraba tristeza hondísima; más que todo por no seguir peleando por la Patria.

La familia del Sr. Valencia estaba viviendo en Cuautitlán, y allá nos dirigimos haciendo un rodeo inmenso por las lomas del Rey, los Morales y tierras de Santa Mónica y Tizapán.

Nuestros asistentes nos acompañaban contentos, y en menos que canta un gallo cambiaron de trajes bélicos por sombreros de petate y calzoneras abiertas, sillas de arriero y adminículos campestres.

Las negras nubes que entoldaban nuestro espíritu, cedían el paso á algunos rayos de luz de esperanza y dejaban que cantaran las ilusiones á nuestro alrededor.

Este Pepe Cadena, con sus ojos verdes, su nariz de águila, su pelo rubio y sus manos tan expresivas como su lengua, era un archivo precioso de crónicas escandalosas, un almacén de chistes, una colección de genealogías subterráneas de próceres y dignidades eclesiásticas y un mosaico precioso de escritos, amores ilegítimos y falsificaciones de todo género.

De clarísimo talento, mucha lectura y principios científicos, le hacía lugar distinguido, entre soldados que de oída citaban lo mismo á Napoleón que al Moro Muza, lo propio á Voltaire que á Chateaubriand, y que

se creían á la altura del propio Julio César, cuando sabían de memoria algún capítulo de la Ordenanza.

Pepe era consultado para las intrigas revolucionarias, se le escuchaba al disponerse un banquete ó recepción, y hombres de cierta importancia como Basadre, Juan Peza Requena y otros, lo aceptaban en su aprecio é intimidad.

Burla burlando caminamos algunas leguas y pardeando la tarde entramos en Cuautitlán, dejando á Cadena fuese en busca de la familia del Sr. Valencia y citándolo para la salida del pueblo.

Atravesaba paso á paso la calle real, exánime de hambre y de sed, cuando en un balconcillo á raíz del piso de la calle, llamaron mi atención los ojos más lindos, más luminosos y más seductores que se pueden imaginar. Yo no me precio de combustible; pero aquello era mucho para un corazón con ciertas propensiones á lo frágil, como el mío.

Acorté el paso, compuse mi postura, y con voz llena de comedimiento pedí á aquella hermosa dama un vaso de agua.

La señora, con exquisita cortesía, dió las órdenes y me instó para que descansase, con tanta señoría como finura. Dejé los caballos á la puerta, entré en un saloncito muy limpio con sus ladrillos colorados, con sillas de tule y un gran cuadro con una Dolorosa en la cabecera de la sala.

—Mucho deben haber sufrido Uds. con su derrota... me dijo la señora.

—Pero ¿quién le ha dicho á Ud?

—Oh! luego se conoce!... y Uds. deberían extrañar camino... ¿vinieron á ver á la familia de Valencia?

Guardé silencio.

—No quiero ser imprudente; pero parece que veo el desastre. . . Valencia y Santa-Anna, cada cual por su lado cometiendo desaciertos. . . Pérez voluntarioso, la caballería sin poder obrar con jefes. . . . . ineptísimos. . . .

Me arrebató la cólera y puesto de pie la dije:

—Señora, eso es injusto; la caballería ha sido heroica principalmente en el encuentro de San Jerónimo.

—¿Quién la mandaba?

—El Coronel Frontera.

—Lo mismo que todos. . . .

—Señora, por Dios, no diga Ud. eso. Yo le he visto caer acribillado á balazos y esforzándose por avanzar bañado en sangre, vitoreando á México.

Entretanto, la señora se alzaba pálida como una muerta, avanzó, entró á la recámara, salió con sus dos hijos. . . . como dos ángeles. . . los puso frente á la Virgen, y con un acento que encerraba todos los dolores, clamó, dirigiéndose á la Virgen. . . . ¡Madre Santísima, ampara á estos niños que ya no tienen padre. . . . . y cayó al suelo como herida por un rayo.

Yo salí precipitado de aquel lugar con el corazón hecho pedazos.

Entrada la noche me reuní á Cadena y emprendi-

mos nuestra marcha por la asperísima serranía de la Bata y Tepatlasco, camino de Toluca.

El terreno es de una desigualdad horrible, empinados cerros y profundas cañadas, ondas de lomería y quiebras erizadas de peñascos, el suelo rojo con un lodo tan resbaladizo, que á cada paso caíamos sin poder avanzar; en la serranía, había dispersos jacales, silenciosos como macizos bañados por la lluvia.

Rendidos de golpes y fatiga, pedimos posada en un jacal. Después de mil instancias, nos franquearon con suma desconfianza una cocinita; pero ni mostrando el dinero pudimos adquirir ni una tortilla, ni un huevo, ni nada para alimentarnos.

Transidos de frío, medio atizando algunas brasas que morían entre la ceniza, Cadena comenzó á recordar algunos episodios de nuestra derrota y algunas peripecias de nuestro viaje.

La gente del pueblecito advertida de nuestra llegada, rodeó el jacal ocultándose y escuchando al través de los carrizos.

Cadena seguía hablando y yo le interrumpía completando su narración.

Aparecían algunas caras en la cocinita. . . . La narración seguía. . . . Una vieja puso una cazuela en la lumbre; yo dí vuelo á la narración de la batalla. . . . algunos trajeron pan y botellas. . . . Cadena narraba como un Lucano las hazañas de nuestros héroes; algunos nos brindaban mezcal, eran nuestros amigos. . . . cenamos opíparamente.

El Sr. Valencia estaba oculto en Toluca, en la casa del Sr. Zozaya, donde nos recibió acompañado del valiente y fiel Capitán Feliciano Rodríguez. Redacté el manifiesto que dió á la Nación el General y nos dió nuevas instrucciones, con las que volvimos á México.

El 9 de Agosto, en medio de la agitación y de los toques de alarma de la ciudad, mi familia dejó mi casa de México, y en carros con muebles dispuso su translación al rumbo de San Cosme. Mi señora muy enferma con tres niños, uno de ellos recién nacido y el resto de la familia achacosa y llena de cuitas, buscaba en vano una casa en qué guarecerse y no encontraba arrimo.

Inesperadamente de una casa de rica apariencia, salió un criado á ofrecer habitación á los viajeros, diciéndoles que se arreglarían después sobre precio y condiciones del arrendamiento.

La familia accedió y ocupó un departamento cómodo y decente de aquel amplio edificio.

Cuando yo tuve lugar de ver á mi familia, supe que vivíamos en los bajos de esa casa, propiedad del Sr. D. Lucas Alamán.

El hospedaje me fué altamente desagradable por mis hondas prevenciones políticas por el Sr. Alamán, contra quien había publicado todo género de dieterios y á quien me pintaba mi fantasía como á un Rodín, tenebroso, sanguinario y espanto del mismísimo Satanás.

Aquella casa era como una casa encantada: reinaba constantemente en ella un silencio profundo.

Criados respetuosos, con sus chalecos negros; cria-

das ancianas de armador, delantal y chiquiadores.... toques en la Capilla para misa y rosario; á medio día el ruido de la cadena del zaguán, mientras duraba la comida. Antes de las diez de la noche todo dormía.

La pieza que yo ocupaba comunmente en los bajos, daba al jardín que estaba esmeradamente cultivado, con sus calles de arena, crecido arbolado y fuentes primorosas.

El Sr. Alamán, á la caída de la tarde, pasaba por el frente de mi cuarto, con su sombrero de paja de grandes alas, su grueso bastón y su levita de lienzo.

Era el Sr. Alamán de cuerpo regular, cabeza hermosa, completamente cana, despejada frente, roma nariz, boca recogida, y coño de labios forrados, con dentadura blanquísima, fina, cutis fino, y rojo el color de las mejillas. Al pasar por mi cuarto me decía:

—Sr. D. Guillermo ¿damos una vuelta por el jardín?...

Yo contestaba brusco y de mala manera, porque como he dicho, tenía fuertes prevenciones contra aquel señor.

Pasaron días y más días, y siempre se repetía la invitación que era perpetuamente rechazada.

La señora mi madre, mortificada por mi conducta, en una de las invitaciones, me puso mi sombrero en la mano y dijo al Sr. Alamán:—Allá va, señor.

Esa tarde hablamos de cosas indiferentes y de algunos oradores españoles. Al siguiente día nos empeñamos en discusiones literarias, á los quince días

buscaba yo al Sr. Alamán, por el encanto de sus narraciones de viaje, su versación profunda en las literaturas latina y española, sus tesoros de la historia anecdótica de la Francia y la España. Por supuesto que no había en estas conversaciones la más leve alusión á la política.

Creía entonces, como creo ahora al Sr. Alamán, un fanático cerrado en política, que creyó inmadura la independencia, y como una insurrección de criminales el grito de Dolores, y estaba persuadido de que eran una serie de delirios sacrilegos y peligrosos, los principios que proclamó como dogmas la revolución francesa.

Y estas creencias eran tan obstinadas en el Sr. Alamán, que aunque él, el primero, denuncia en su historia abusos, y censura prácticas funestas, encarece el sistema colonial, cerrando los ojos á la verdad y condenando como charla impía la propaganda de la libertad.

En lo interior de la familia del Sr. Alamán, todo era virtud, regularidad, decencia y orden.

Se levantaba con la luz, y se lavaba y componía. Escribía en la sala que va á la calzada de la Tlaxpana, con unos cuantos libros á la mano. Su escritorio elevado le hacía escribir de pie, y su manuscrito lo asentaba en un libro como de caja, sin una mancha, ni una borrada, ni una entrerrenglonadura, ni ceniza en las hojas, porque no fumaba. Al escribir guardaba suma compostura y casi no se le veía la cara, porque la visera de la cachucha que usaba le hacía sombra.



A las doce del día en punto se servía la comida á la que asistía toda la familia, haciendo los honores la señora D<sup>a</sup> Narcisa su esposa, matrona adorable, de trato finísimo y de bondad angélica. Un sacerdote á quien llamaban tata padre, creo que hermano del Sr. Rodríguez Puebla, bendecía la mesa, y al concluir la comida rezaba el Pan nuestro besando el pan, y pidiendo la mano los criados á los amos.

Se dormía siesta y se dejaba campo para el chocolate y el rezo del rosario á la oración.

Yo merecí á esa familia la honra de que me admitiese en su seno, recibí distinciones del Sr. Alamán que me hacen grata su memoria, y ante todo, empeña mi gratitud el afecto con que siempre me trató y respetó mis opiniones, no obstante la acritud y suficiencia tonta con que á veces combatí las suyas.

Cuando terminó el armisticio que se negoció después de la batalla de Churubusco, yo me había presentado á mi Cuerpo de Hidalgo, que se encontraba de Belén á Chapultepec á las órdenes de D. Félix Galindo.

En el Paseo Bucareli estaba situado el Batallón Victoria, y allí se distinguieron por su bravura heroica, Carrasco; que venía luchando desde Palo Alto. Torrín, Bensegui, Urquidi y Muñoz, diputados distinguidísimos.

En la garita de Belén se veía al venerable general Torrens, quien fué injusta y villanamente maltratado á fuetazos por el Gral. Santa-Anna, en uno de sus arrebatos brutales que deshonran á un hombre.

En la Casa Colorada, llamada también de Alfaro, es-

taba el hospital militar de sangre, con el Gral. Vanderlinden y el Dr. Luis Carreón á la cabeza . . . . Era aquello un horror . . .

A Santa-Anna se le veía constantemente atravesar la calzada, ya ordenando una marcha, ya reconociendo lugares peligrosísimos, con valor temerario; ya riñendo á unos arrieros, ya dando gritos y emprendiendo campaña con unos carreros, ya en fin, dando acuerdos ó conferenciando, con interrupciones, con algunos jefes y empleados.

Parece que le veo con su sombrero de jipijapa y su fuete en la mano, su paletó color de haba y su pantalón de lienzo blanquísimo. Despilfarraba su actividad, desafiaba temerario el peligro, y así como no podía llamársele traidor, no podía sin injusticia considerársele como buen general, ni como hombre de Estado, ni como personaje á la altura de su situación.

Para podernos formar cabal idea de la acción del Molino del Rey, sería necesario presentar con toda fidelidad un cuadro en que se destacaran tres líneas ó escalones extensísimos, corriendo de Sur á Norte, desde la espalda del Arzobispado, en la parte alta de Tacubaya, hasta el Rancho de Anzures á la espalda de donde está hoy el Monumento de esa batalla, y tiene por límite la casa Mata y el rápido descenso á la Calzada de Anzures que desemboca en la Verónica.

La primera línea en alto abrazaría el descenso de la

loma. La segunda la formaría un carril amplio y recto, y la tercera la línea formada por los edificios unidos del Molino de Harinas y la Pólvora, con una hundición de terreno, y al frente del primer Molino la era extensísima, y del Molino ó Fábrica una barranca con su puente. Por toda esa retaguardia corre la arquería altísima de un agotado acueducto.

Las fuerzas americanas tenían por punto de partida el Arzobispado, las nuestras ocupaban el edificio primero con el Gral. Balderas, la parte exterior con el Gral. León, el punto donde está hoy el Monumento, con el 3º de infantería al mando de Echeagaray, y la Casa Mata y sus vecindades, con el Gral. Alvarez mandando la caballería.

Al tremendo empuje de las fuerzas americanas, se empeñaron tres acciones. El arranque en la parte alta; en la línea intermedia, combate infructuoso de las infanterías, sobre los edificios; en la tercera línea y el acueducto, fuego nutridísimo. Todo envuelto en humo, truenos y gritos espantosa.

En los Apuntes para la Historia de la Guerra con los Estados Unidos se da idea bastante exacta de la batalla á que aquí ahora me refiero; pero mis impresiones personales hacen que reaparezcan en este momento á mi presencia, León, Balderas, Arrivillaga, Margarito Suazo, Gelaty y Miguel Echeagaray.

León, alto de cuerpo, muy trigueño, recio de carnes, serio al extremo, se siente herido, lo disimula, y cuando cae se anima, levanta la voz y vitorea á México; le

conducen en una camilla, y habla de que le hagan pronto la curación para volver al combate.

Balderas, arrastrándose con la espada en alto, alienta á sus soldados, desangrándose hasta caer en los brazos de su hijo Antonio. ¡Qué escena de dolor! partían el alma: el padre moribundo, entero y valiente, el hijo trémulo, anegado en llanto, tratando de hacer su voz serena. Fué conducido á una choza cerca de la iglesita de Chapultepec, donde expiró.

La historia de Arrivillaga tiene para mí algo de curioso.

Arrivillaga era un relojero feicito, fofa de carnes, de ojo travieso, boca risueña; el chico más alegre, servicial y honrado que pueda imaginarse.

Tan pronto confeccionaba una chicha sabrosísima, como alistaba una caja de música, ayudaba á adornar una mesa, un salón de baile ó un altar de Viernes de Dolores.

Frecuentaba una tertulia de personas apreciabilísimas, á que concurrían, entre otros, Balderas y Manuel Balbontín, modelo de caballeros y patriotas. En esa tertulia llamaban á Arrivillaga el *chato*, unas veces, y otras, el *capitán*, alusión á un noble mastín así nombrado; pero que no tenía dientes, y esto se refería á la dulzura de carácter y á lo inofensivo de Arrivillaga. Este se aficionó apasionadamente á Balderas, y cuando el general marchó para el Molino del Rey, se declaró su compañero, su asistente, sus pies y sus manos, como suele decirse.